

«de la montaña, . . . de esta sierra grande . . . verde y rica . . .  
 «Yo . . . pobre cantor . . . que nací para cantar . . . como el ave  
 «para volar alto, allá, arriba de los solitarios cerros . . . Yo, hu-  
 «milde cantor de la montaña abruca . . . ofrezco . . . por los  
 «señores presentes, jefes y empleados . . . esta copa de vino no-  
 «ble como ustedes . . . de allá . . . al ocaso, como lazo de la fu-  
 «sión de las clases en el porvenir, . . . grande de la Patria heroi-  
 «ca—de la que todos somos hijos. He dicho.»

Aplausos y vivas atronadores, furiosos. Algunos dejaron caer las copas, y otros las pusieron bonitamente en el suelo para tener las manos libres. Pero de pronto, ¡oh sorpresa! allí fuera, junto á las ventanas, un golpe de atronadora música puso á todos locos, delirantes.

El famoso director general Don Canuto Entorchado y Arias, había ideado aquello de *proprio motu*, y con todo silencio había amontonado cuidadosamente á sus cien filarmónicos.

Aprovechó muy bien la oportunidad, y el efecto fué soberbio. Se arrancó de buenas á primeras nada menos que con el Himno, á todo pulmón y puño de los suyos. El poeta tuerto se caía de emoción. Nosotros también nos emocionamos; pero fué por impresión directa, profunda, única; esa conmoción que en todos hace el glorioso canto de clarines y voces, de gritos uniformes de multitudes agrupadas y vibrar de bronce.

Cuando me acerqué á Doña Gertrudis para ofrecerle el brazo y llevarla al comedor, al sagrado compás de ese Himno tan querido, hubo un momento que olvidé la grosera farsa, la mojiganga que hacíamos, para atender á mi corazón que al saltar, parece que me gritaba dentro, no sé qué grandezas pasadas y futuras, como recuerdos y profecías.

## VII

El galerón de láminas, antes carpintería, y convertido en comedor según tengo dicho, con los adornos más chuscos y bárbaros de que se tiene noticia, cuando fué ocupado por todos los comensales, presentaba una vista maravillosa por original. Entre las ramas de pinos, álamos, cedros, fresnos, etc., apenas se veían los travesaños de madera del armazón; las columnas, también cubiertas de follaje, tenían amarradas por los lados grandes vástagos de plátanos, que empinaban sus grandes hojas verdes, rasgadas y ondulantes; el famoso é indispensable papel de china de diversos colores abundaba, recortado de mil maneras; varios gallardetes de manta simulaban no sé qué combinación, que costó á Luis y á Don José graves discusiones, y como en la mesa, entre copas, botellas, platos, servilletas, había una escandalosa abundancia de flores en colosales ramilletes, flores corrientes y feas (de calabaza, de *sempoasúchil*, *floripondio*, etc.), al lado de otras hermosas, aunque pocas, era de verse de entre aquella loca y formidable naturaleza de *acarreo*, salir y perderse los hermosos rostros y elegantes peinados de todas ellas, al lado de las horripilantes caras de los caballeros, relumbrosos, cenizos, verdinegros, y algunos ya tan despeinados como locos.

A la cabecera de la mesa principal y apenas separada de ella por un espacio de setenta centímetros, por donde pudiera pasar una persona, había otra mesa pequeña, cuadrada, un poco más alta y con un solo cubierto. Sobre decir que esta mesa era para Doña Gertrudis, y cuando la coloqué en su lugar y se dió cuenta de ello, sus ojos brillaron de orgullo y satisfacción. Sin embargo, quiso que se lo dijeran con todas sus letras, y manifestando extrañeza, me preguntó:



—¿Por qué me ponen así?

—Porque así debe ser, señora Condesa, á nuestro humilde saber y entender. Dicen que S. S. el Papa come siempre en mesa separada, cuando alguna vez tiene invitados, y lo mismo hacen los Reyes y Emperadores.

—Pero yo no soy ni Papa, ni Rey, ni Emperador . . . .

—Todo es relativo, señora Condesa. Somos aquí todos, humildísima y muy plebeya gente de obscurísimo origen, y en cambio V. E. es una ilustre dama descendiente de preclaros antecesores. . . . .

Me detuve, porque no era verdad; pero como ella pasaba por todo, ebria de satisfacción y orgullo, continué:

—Por lo tanto, comprenderá V. E. que para nosotros está V. E. tan alta y hay tal distancia, como no creemos la haya entre el Papa y los Cardenales, así como de emperadores y reyes, entre príncipes y nobles.—V. E. lo sabe mejor que nosotros.

—¡Bien, bien! . . . —dijo la vieja viendo tan lejos que vió en el vacío de su estupidez.—Son ustedes en realidad unas buenas gentes . . . sí, . . . unas buenas gentes, honradas y serviciales.

El tono protector de su grandeza que descendía hasta Nos, era tan curioso, que me volví pretextando hablarle á un mozo para no echarme á reír.

Como viera que me reservaban un lugar entre la Señora de Castillo Contreras y María Teresa, una de las hijas de Doña Gertrudis, llamé al español y á Luis, que iban á sentarse, y les dije rápidamente en voz baja y como si se señalara á los mozos:

—Achispen á las muchachas y á las viejas. Yo entretengo á la vieja madre, y haré lo mismo.

Los músicos, que se habían estado acomodando trabajosamente en una enorme gradería de vigones, muy próxima, rompieron de pronto el relativo silencio con un estruendoso schottisch del año de las alcabalas, una de las primeras obras maestras de Don Canuto Entorchado y Arias, allá en sus mocedades fogosas, y con

el cual empezó su gloria. Era su *Niña Boba*, es decir, su principio en todo fandango. Tan grande era el ruido, que para entenderse necesitábamos hablar á gritos. Todas volvieron la cabeza ó alzaron los ojos con susto, pues esperaban más espoletas, y sólo la Condesa quedó impávida, serena, con las pupilas en el vacío. Cuando me acerqué á ella, se estremeció ligeramente, y me vió con ojos amables y risueños. Sus delgados labios se extendieron con bondadoso y satisfecho gesto. Al ver que yo le servía el primer platillo, sonrió con naturalidad, y me dijo:

—¿Usted me sirve, Colt?

—Si V. E. me dispensa el honor . . . .

—Muy bien. Son ustedes unas buenas gentes. . . .—repitió otra vez. Aun cuando me acercaba lo más posible, apenas la oía. Los músicos soplaban tanto, que amenazaban reventar por grupos, y Don Canuto, de pie frente á ellos, con gran levitón verde mar y azul celeste, dándonos las espaldas, repiqueteaba los palos tan furiosamente sobre un atril vacío, que parecía le daba de machetazos. Llamaba la atención entre ellos uno de la tambora que estaba en lo más alto, el cual á cada porrazo que daba con un bolido enorme de gamuza amarilla y negra, se ponía rojo, y como era *cacarizo*, los agujeros se le llenaban de sudor.

Cinco vueltas le dieron á todo el famoso schottisch, que era largo y el cual se llamaba *Mi tumba son tres brazos*. Compases antes de terminar, se preparó Don Canuto y para cerrar de golpe, lo dió tan fuerte, que el palo que tenía lo hizo dos. Como nadie esperaba una parada tan en seco, el efecto fué de resultados. Dos palabrotas muy ordinarias de Don José y Cipriano, que les hablaban á los mozos aturdidos, sobresalieron revoloteando con gran susto de los autores. Otras frases se oyeron también indistintamente, y por un momento todos hicieron mutis más ó menos avergonzados. Don Canuto estaba jadeante, y por su cara y porte se veía que esperaba aplausos.

Como este viejo megalómano y loco podía servirnos explo-



tando su manía para gloria de la otra chifladura, tomé un ramito de una copa, y dándoselo á la Condesa, le dije:

—Vuestra Excelencia premia.

—¿A quién?

—Al Maestro Director y Concertador.

Avancé unos tres pasos, y con gran solemnidad dije con sonora voz, para que todos oyeran:

—Su Excelencia la Señora Condesa Doña Gertrudis Morón, viuda de Lara y Sancho de Tagle, premia, delante de estas honorables señoras, hermosas señoritas y correctos caballeros, al inspirado Maestro Don Canuto Entorchado y Arias, por su gran talento y relevantes dotes artísticas.

El *maestro* no esperaba tanto, y fué tan grande su emoción, sólo comparable á la del poeta Don Patricio, que por poco se cae del *tapanco* donde subido estaba. Bajó, mejor dicho, lo bajaron algunos de los suyos, y como quien pisa en fango, fuese acercando con tan religioso respeto, que al estar junto á ella, del lado derecho, apenas le dije suavemente: *hínquese*, cuando se dejó caer con las dos rodillas, puestos los ojos en blanco y con los brazos cruzados. Todos se pusieron en pié para ver mejor, los mozos se detuvieron con los platos y fuentes en las manos, y cuando él se levantó con su ramillete en el ojal, estaba soplado de satisfacción y enternecimiento. Rosa Elena, sentada junto á Luis, se echó á reír como lo había hecho antes; pero empezaron los aplausos con gran furia, y su incitante y alegre risa se perdió.

Subió el *maestro* á su Olimpo con entusiasmo, nervioso de inspiración. Con vergüenza y coraje toreros ordenó un cambio: revolotearon de mano en mano los papeles, y vuelta con el arte. Era un wals, *Luchar sin alma*, también suyo, tan lánguido y suave en algunas partes, que parecía derretirse, y tan estruendoso en otras, que el vino y agua de copas y vasos formaban ondas concéntricas, y las anchas hojas de los plátanos se desgarraban en paralelas.

Yo hablaba con Doña Gertrudis muy poco, y sólo en los pa-

sajes lánguidos de *Luchar sin alma*. Sin embargo, la hacía beber frecuentemente sin gran trabajo, porque comía muy bien, con notable apetito para sus flacas carnes.

La comida era buena en realidad, pues la había preparado un francés, amigo de Luis, que tenía una tienda en el pueblo de San José. Dejó la tienda, y con una gran *gabardina ó delantal* blanco, rodeado de viejas y muchachos, desde la víspera no descansaba entre un batallón de ollas, cazuelas, etc., regañando con todos y diciendo pestes en francés y castellano.

Aun cuando servía á la vieja lo mejor que me era posible, ayudado por dos criados, estaba muy pendiente de mis correctos caballeros, pues temía hicieran alguna barbaridad tremenda en la mesa, que es la piedra del toque de los incultos, ó bien que, aficionados á la botella, fuesen á emborracharse de una manera brutal, según acostumbran. Por fortuna, aunque un poco alegres, iban en lo posible bastante bien, pues se sentían cohibidos y sin alientos al lado de las *niñas*. Sin embargo, se notaba que iban perdiendo el miedo, y las bromas de mal gusto empezaban entre unos y otros para agradar á su modo á las *señoras*. Don Pablo González (a) Mono è'lodo, que era tan glotón como Heliogábalo, no hacía caso de nada, ni hablaba con nadie, ocupadísimo en guardar precipitadamente y como podía todo lo que le ponían al frente, inmediatamente. Limpiaba los platos como si los lavaran, con el migajón del pan, que se comía luego. Cipriano, que lo estaba observando, asustado de aquel levantar continuo del brazo derecho, le dijo:

—Oye, Mono, parece que estás echando cuetes.

Tocaban el wals de *Morir sin alma* en la parte tierna, y como muchos oyeron la ocurrencia, se echaron á reír. El desventurado de Don Pablo se avergonzó mucho, vió lo poco que daba en su plato, con tristeza, y se limpió la boca con el reverso de la mano izquierda, primero, y después con la servilleta.

El wals acabó en punta, es decir, se fué apagando tan poco á



poco, que nadie supo en realidad cuando dejaron los músicos de soplar. Don Canuto quedó con el brazo rígido como estatua. Aplaudieron otra vez con furia por *lo bonito del final*, y el *maestro* desde arriba se inclinó varias veces.

Don Pablo, que no podía dejar aquello que faltaba, cuando todos se distrajerón con el artista, limpió, según deseaba hacerlo, precipitadamente, pues ya se acercaban los mozos con otro platicillo. Por desgracia suya, Cipriano lo vió cuando daba la última mano, al terminar los aplausos.

—Oye Mono—le dijo otra vez, seguro del éxito—deja el cumplimiento.

Nuevo bochorno del héroe y risas en toda la mesa. Ellas se divertían grandemente.

De improviso, Don José tocó en una copa vacía varias veces con el lomo de un cuchillo. Todas las conversaciones se interrumpieron y las risas cesaron de golpe, á imitación del schottisch.

Entonces el español, poniéndose de pie, dijo, dirigiéndose á Doña Gertrudis:

—Con permiso de Vuestra Excelencia, tiene la palabra el inspirado poeta Don Patricio.

Todos los hombres se pusieron en pie, y el poeta, que ni había comido por estar escribiendo sobre los muslos, se levantó también con un papel en la mano, un poco emocionado, pero seguro y con la frente alta. Como era muy présbita, buscó los anteojos; pero los había olvidado en la *chaqueta* del diario. Quiso entonces leer retirando el papel con los brazos tiesos, ¡pero tampoco alcanzó! Cipriano dijo á media voz:

—¡Qué largo estribas! . . .

Volvieron las risas ahogadas, indiscretas, saltando aquí y allá.

El poeta tuerto (sin ser Camoens) perdía el otro ojo de susto. Yo no me explicaba cómo los había escrito y no podía leerlos; pero luego caí en cuenta que no los escribió ahí en la mesa, como simuló para darse tono, sino que los llevaba desde la vis-

pera. Cipriano le dijo entonces con gran seriedad y en voz alta:

—Agarra un vaso y póntelo de antiojo.

La alharaca fué general; algunos aplaudieron y otros se cayeron sobre la mesa de risa. Ellas también reían de buena gana; pero sobre todo la hermosísima Rosa Elena lloraba, ahogándose.

El infeliz poeta adivinaba que perdía terreno y que el éxito era á cada momento más difícil. Por fin, allá á las quinientas, el Doctor Ramírez, que estaba en Babia pensando en cráneos braquicéfalos de hombre *paleolítico*, ofreció sus anteojos, pues era también de los cansados. Pasaron los anteojos de mano en mano; pero al tomarlos Cipriano los dejó caer en un plato que tenía una salsa. El Doctor gritó:

—¡Me los rompes, chichimeca! . . .

—¡No, dotor, se hogaron! . . .

Los pescaron con trinchas, cucharas y cuchillos, los limpió un mozo y se los dieron al poeta, á quien habían olvidado por un momento. Púsoseles éste al fin con gran prosopopeya, para dar tiempo á que se restableciera el orden; pero los vidrios estaban casi blancos de grasa.

No veía tampoco. Ya aquello picaba en historia.

Cipriano volvió á la carga:

—¡Cierra el ojo derecho, á ver si el otro revivel! . . .

En aquel momento, por fortuna, un mozo llegó con los deseados anteojos de Don Patricio. El desventurado volvió á la vida; pero ¡oh desgracia! el papel se había perdido. Era el colmo. En la refriega, por sacar los anteojos, alguno se guardó el papel. Todos decían que no, que nadie lo había tomado. La señorita Angela Ruiz y López, que estaba á la derecha del poeta, y Elena de Castillo Contreras á la izquierda, estaban rojas de vergüenza y risa. Un mozo sacó el dichoso papel que había caído debajo de la mesa; y empezó el tan deseado y difícil brindis. Estaba en dísticos ó cosa por estilo. El autor se arrancó en corto y derecho con declamatorio acento y moviendo los brazos:



«Desde esta larga mesa

«Brindo por la Excelentísima Señora Condesa.»

Fué tal el empuje, el gesto tan bellaco y elocuente, el ademán tan amenazador, que se impuso á los tontos, es decir, á la mayoría. Cesaron las risas y casi todos lo escucharon con admiración. El público completaba al poeta. Tomó aliento por entregas, en oleadas, trabajosamente, con sus pulmones cavernosos de tísico, extendió una vaga mirada con el ojo empañado, y siguió:

«Al son de las mañanitas

«Brindo por las señoras y señoritas . . . .»

«Con respeto y con bemol

«Brindo por el Señor Ingeniero Colt . . . .»

«Y con gozos verdaderos

«Brindo por todos mis queridos compañeros . . . .»

Se detuvo anhelante, agotado. Esto era apenas el exordio de quién sabe cuántas cosas más; pero todos creyeron que había terminado y lo volvieron loco á aplausos y vivas. Intentó hablar; pero por fortuna no le entendieron ó no quisieron entenderle. La música tocó *diana*, y el poeta en la cumbre de su apoteosis, hizo el enorme sacrificio de callarse el resto, quizá lo mejor. Pálido, muy pálido, emocionado, se movía á derecha é izquierda, dando las gracias, sublimemente ridículo. Ya todos se habían sentado y Don Pablo empezaba su trabajo, tanto tiempo interrumpido por causa de El Tuerto, cuando los comensales pidieron el bis de la *diana*. Púsose en pie otra vez Don Patricio repitiendo las muecas; pero ya esta vez con una sonrisita de satisfacción, como quien recibe un homenaje muy merecido ó ve con bondadosa protección á un público que no comprende toda la grandeza de su genio. ¡Quién llegase á saber lo que hay dentro de esos cráneos, lo que piensan, lo que juzgan, lo que esperan! Porque debe algo, quizá un enorme arrenal de ideas pequeñas, acumuladas, revuel-

tas, que son arrastradas por cualquiera corriente, ó llevadas muy lejos por ligero viento. Esos son los dichosos, porque son sin duda los más bestias, los negativos absolutos.

Celoso Entorchado de que otro se llevara parte de la gloria que evaporaba aquella escogida é inteligentísima reunión, volvió por sus laureles con una Marcha-polka denominada «¡Viva Juan Saldaña!» Este Juan Saldaña había sido toda su vida un tremendo bandido de caminos reales, que por una de tantas chapucerías á la historia, acabó de héroe. Por aquellos contornos era un Cid, y su valor y atrocidades formaron leyendas. La Marcha era la concentración del ruido, y después de oirla, no podía oírse nada más: dejaba sordo. Fatigados tirios y troyanos de tanto arte, dedicáronse sabiamente á comer y beber, pues ya el espíritu estaba satisfecho. Todas ellas tenían buen apetito y comieron bien. El aire libre, la levantada temprano, el susto, todo contribuyó para que le hicieran los honores á la comida. Don José, More, Cipriano, Luis y hasta el Doctor (en los momentos que no se distraía, que eran pocos), las atendieron lo mejor posible, haciéndolas beber frecuentemente y lo que fué peor, de diversos vinos. Con el famoso brindis del poeta tuerto y todos sus incidentes, las chuscadas de Cipriano, que reían de muy buena voluntad y con el transcurso de varias horas, fueron poco á poco familiarizándose con todo lo que las rodeaba, é hizo que la alegría llegase en verdad á animarlas. Lentamente los vapores de la champagne y de los vinos, fuéronsele subiendo á las ligeras cabezas (de cabellos largos é ideas cortas, como dice Schopenhauer), y en ese inexplicable optimismo tan funesto que acomete á todo aquel que está en el umbral de la borrachera, les gustó mucho todo aquello, y no se hicieron del rogar para seguir tomando.

La primera que empezó á hablar con soltura y franqueza fué la gorda señora doña Pilar Barajas, que estaba junto á Cipriano, y al poco rato, todas hablaban con sus agudas y chillonas voces,